

# LA MUERTE DEL POETA

Emilia Pardo Bazán



## ÍNDICE

Capítulo I .....	585
Capítulo II .....	591
Capítulo III .....	597
Capítulo IV .....	605
Capítulo V .....	613
Capítulo VI .....	617
Capítulo VII .....	621
Capítulo VIII .....	627



## I

**A**L llegar a la ciudad, lo primero que me impresionó fue el sonido, antes familiar para mí, de sus campanas. Tocaban a las oraciones, y era su vibración tan honda, tan majestuosamente triste, que un estremecimiento corrió a lo largo de mi médula, y me sentí predispuesto a todo género de romanticismos.

Yo soy (conviene que se diga en primer término) un hombre vulgar. Mis ocupaciones se cuentan entre las más útiles y prácticas. Confieso con lisura que soy notario. Recuérdese, sin embargo, que, como dijo cierto ilustre francés, todo notario lleva dentro los restos de un poeta muerto joven.

Y los llevaba, ¡vive Dios!, el que suscribe (empleo la fórmula legal). Allá en mis tiempos de estudiante, cuando se sueña el porvenir, ansiaba la gloria, a la cual ascendería trepando por una escala de renglones desiguales. Gané en certámenes dos o tres premios, publiqué en revistillas de pueblo unos cuantos sonetos y varias composiciones en metros irregulares, como entonces era moda, y, en un periódico de Canarias, un paisano mío me puso en las nubes, comparándome a Espronceda y a Enrique Heine. Todavía conservo, guardadito, el amarillento recorte. Como puede inferirse, todo esto duró lo que tardé en tener que dedicarme al desempeño de mi cargo, modesto, pero no sin enjundia de lucro. No obstante, el poeta, semivivo, con sus alas rotas, aún se revolvió a veces, inquieto, allá dentro de mi corazón. Sin dejar de ejercer la profesión con una puntualidad y un celo por todos reconocido, había momentos en que me dominaba el afán de algo distinto de las secaturas de papelotes; algo que tuviese afinidades con aquellos sueños de mi mocedad, con los *Lieder* o con el *Canto a Teresa*. Para decirlo en cifra: deseaba amor.

Nada, al parecer, más fácil que satisfacer tal anhelo... En realidad, nada más difícil, dentro de mis circunstancias. La mayor parte de los que están en mi caso, al despedirse de las Musas, aceptan la prosa casera con todos sus tibios consuelos, buscando una esposa que rija el hogar y no ignore que los garbanzos se ponen a remojo de víspera. No era yo capaz de conformarme con los goces anodinos del puchero. Ansiaba algo, vehementemente, delirante, con sus puntas y ribetes de misterio y aventura. El disparate (pensaba) es la flor de la existencia, es su embriagador aroma, es la rosa de carmín, como fuego, que enflorace el corazón. Mis colegas, y también los párrocos rurales, y el médico de mi pueblo, el agudo, activo y temible don Tomás de Aquino, y las mamás de niñas casaderas, y toda la gente formal de Rivadona, donde ejerzo mi profesión, no cesaban de manifestar extrañeza al no verme casado, con dos o tres nenes correteando por el patio de mi morada, alrededor del viejo limonero que había sombreado a varios de mis predecesores. Porque todos alquilaban la misma casa, situada estratégicamente, en la plaza, frente a la iglesia, colegiata antaño, y esquina al Ayuntamiento. Como, en medio de mis lirismos, yo era a veces calculador, alimentaba el propósito, ya muy cercano a convertirse en realidad, de adquirirla: y el capital destinado a la ventajosa compra, invertido en papel del Estado, iba redondeándose para cuando llegase el momento.

—¡Bah! —solía responder a los apremios de la gente, siempre interesada, no se sabe por qué, en hacer matrimonios—. Me casaré, señores, me casaré, cuando tenga casa propia...

Lo que nadie sabía, era *lo otro*: el devaneo de mi espíritu y mis sentidos, todavía voraces a los treinta y dos años. Guardaba aquel secreto —que no existía— como se guarda el retrato de una mujer a quien no conocimos y que, puerilmente, hubiésemos querido adorar: y cuando proyectaba con mis economías, dando al diablo adquisiciones, un viaje a Madrid, a Sevilla, a París, lo que en realidad planeaba, era el suceso inesperado, pasional, que había de salirme al camino, como una tigresa joven al que se pierde en la selva.

Mi viaje a Estela, sin embargo, no tenía ningún móvil sentimental, ni cristo que lo fundó. Tratábase de un asunto relacio-

nado con mis quehaceres profesionales. Habiendo fallecido en la ciudad metropolitana un sujeto muy rico, recién venido de la isla de Cuba, a reponer su salud, me enviaban sus sobrinos y legales herederos a averiguar cómo andaba lo de la sucesión, si existía testamento, y otras particularidades no menos interesantes. Eran los sobrinos gente algo apática, resignada a su vida estrecha, pero uno de ellos se había casado con la hija del médico don Tomás, y éste, que parecía tener radio en todo su cuerpo, tomó la iniciativa de comisionarme, no pudiendo ir en persona «hasta que estirase la pata don Verísimo» uno de sus enfermos, que estaba en las últimas. —«No sobran dos allí —me dijo al despedirme—. La cosa es de enorme importancia. Mis nietos pueden ser millonarios, ¡iqué carabina! Este Adán de yer-no... de nada se ocupa. Toma esas instrucciones y léelas despacio. Hay gato encerrado en la historia. Vete con mucho tiento. No tardaré».

Hice el viaje por uno de esos cochánganos que resisten a la invasión del tren y del automóvil, y todavía comunican entre sí a ciudades atrasadas. Después de dejar mi maleta en la fonda, salí para dar el paseo sin objeto que atrae a quien, alejado desde hace años de una población, goza en evocar memorias y tiempos pasados. El clamor de la campana, de pronto, me trajo al corazón una oleada impetuosa de juventud. Los años se habían suprimido: yo era aún el estudiante, alegre e irónico en apariencia, «saudoso» por dentro, que rimaba a las altas horas canciones dolientes, fingiendo desencantos no sufridos, lágrimas no vertidas, delirios no experimentados, goces divinos que eran mentira, en la realidad, pero que la ardorosa fantasía creaba: volví a sentir sobre el borde del labio la caricia del naciente bozo, en vez de mi poblada barba actual: torné a contemplar caras de muchachuelas en las cuales, por un instante, tomaron forma femenina mis nostalgias... y, como en visión profética, el espejismo de lo que podía sobrevenir me deslumbró. Era imposible que mi existencia no sufriese un cambio total: era imposible que no hubiese llegado mi hora de libar la esencia de la vida. Sólo puedo comparar lo que sentí entonces con lo que siente un abstinio cuando absorbe un licor generoso, que corre por sus venas como brasa líquida. Mis ojos se fijaron, hambrientos, en la Pla-

za y en la Catedral. Forman la plaza, por un lado, una manzana de casas antiguas, de sombríos soportales: por otro, fronterizo, una escalinata que coronan viviendas, también enmohecidas por el tiempo, una de las cuales, en verano, ostenta sobre su balcón un toldo de frondosa vid: a los costados se alzan las tapias casi ciegas de un enorme convento, y frente al convento, la basílica avanza una de sus fachadas más típicas, aunque no la principal. La hora, que era crepuscular, confundía las líneas del monumento, haciéndolas como esfumarse sobre un celaje gris, sin encendimientos de ocaso, pero noté, en aquel instante en que mis facultades parecían agudizarse, que la Puerta de la Penitencia, cerrada siempre, estaba abierta. Me acordé: era el año del Jubileo, y el arzobispo, con su martillo de plata, la había destapado, a fin de que ganasen indulgencias los fieles. Mis ojos no podían apartarse de la puertecilla —no es muy grande— que ofrece el simbolismo del arrepentimiento, y, aunque nada tengo de devoto, un poco de emoción mística me dominó, y se me ocurrió penetrar por la Puerta, y respirar el olor a incienso que impregna las naves. Todo ello era poesía, y acaso transformación de amor. Hasta a rezar me sentía impulsado.

Al cruzar yo la Puerta de los pecadores, en sentido contrario la cruzaba una mujer.

Tan de cerca la vi, que, en la breve detención ocasionada por cederle yo el paso y hacerme ella un esbozo de saludo, agradeciendo la cortesía, pude detallar su semblante, cuyo óvalo, perfecto, encuadraba uno de esos rebocillos de gasa tupida, que se llaman mantos de luto. De luto muy riguroso era toda su vestimenta, y un reflejo de las tristezas mortuorias parecía ensombrecer aquel rostro, de mujer en la plenitud de la hermosura, marfileño y de facciones bien diseñadas. Los ojos de la señora, por un momento, se adhirieron a mis ojos, y casi diría que los incendiaron. Los de ella eran más grandes de lo habitual, como orlados de un círculo de livor, una sombra apasionada los realzaba, prometiendo las revelaciones de un temperamento amante. Había desaparecido ella, como evaporada entre la neblinosa penumbra de la plaza, en que se borraban líneas y colores, y permanecía yo parado donde la había visto, cual figura cuajada por arte de mágica desconocida. Ni tenía fuerzas para entrar en el

templo, ni para volver atrás, siguiendo a la desaparecida. Y así permanecí tal vez dos minutos. Al fin, despertándome, giré sobre los talones y salí corriendo, en busca de la enlutada, que debía de llevarme ya muy regular delantera. Corrí como un insensato, y logré divisarla cuando se enhebraba por los hondos e irregulares soportales de una calle próxima. Acercándome entonces cuanto pude, agitado, logré apreciar, en este segundo examen, la estatura mediana, el cuerpo lánguido y flexible, dentro del saquito de negra lana, el volumen del abundoso pelo, bajo la gasa del rebocillo, y lo encantador del pie, divinamente calzado, pequeño y curvo. Mejor dicho: todas estas cosas atractivas formaban para mí una sola, un conjunto trastornador.

He oído decir que no existen enamoramientos tan súbitos: no sé cuál será la regla general, ni si estas cosas se regulan; sé lo que me concierne, mi propio caso: «digo mi hecho». Hallábame predispuerto, sin duda, pero el acceso fue instantáneo. No dio aquello lugar a reflexión, ni se me vino siquiera a las mientes la idea de imposibilidades que pudieran existir, de cuanto alza paredes entre dos seres humanos. Si aquella mujer fuese una reina, yo subiría hasta ella, y si una meretriz, la pondría a mi altura de hombre honrado. Esto no lo pensaba de ordenada manera, sino como en asalto de marejada de pensares, febril ideación de mi entusiasmo. Y percibía un placer violento, un radiante vértigo, al exaltarme así, en desquite de tantos años de cordura insípida y tediosa. La sangre, en mis arterias, circulaba con hervor oceánico.

Sin duda, al ruido de mi pisar vehemente, que se incorporaba al suyo, ella se volvió, y encontrando mi rostro ansioso, encendido de ilusión, tan cerca, en los casi tenebrosos soportales, que ilumina de vez en cuando el alumbrado de una tienda, hizo un movimiento de extrañeza y altanería, tan marcado, que fue para mí como una ducha glacial. Noté que sus labios se movían para decirme algo... pero los cerró un mohín, más despreciativo que todas las palabras; e irguiéndose como ante una ofensa, siguió su camino, a paso más rápido y seguro. Revolvió una esquina; cruzó una plazoleta donde cantaba su canción elegíaca una fuente, y doblando el ángulo de una callejuela, aprovechando la interposición de un grupo de estudiantes envueltos

en sus capas, que se fijaron en mí como haciendo fisga, se perdió en una encrucijada de la cual parten enredándose varias callejas, si no precisamente sospechosas, al menos muy propicias a escapatorias y desapariciones. Al volver a emprender mi persecución, no quedaba de la fugitiva ni rastro.

En mi contrariedad inmensa, no quise volver a la fonda, y seguí callejeando, sin objeto ni esperanza alguna. Desanduve el camino andado en persecución de la enlutada, y como todo lo que veía se me figuraba de un sentido significativo, un aviso de la suerte, volví a la Sacra Puerta, y desde ella, mis miradas errantes se fijaron en la desmesurada pared fronteriza del monasterio de las Claras. Las atraía un negro hueco, una de las contadas rejas que, como pupilas de sombra, se abren en la tapia lisa, austera y desolada, sin el menor adorno arquitectónico. La leyenda de aquella reja, en aquel momento, se me presentó sugestiva, con algo de fatídico. La había oído relatar mil veces, cuando los escolares, en grupos, atravesábamos la plaza, bajo cuyas losas antiguos esqueletos duermen esperando la resurrección. Sucedió que una monja se enamoró de un estudiante. Cómo se pusieron en correspondencia, averígüenlo, si pueden los historiadores; entonces no era tan estrecha la vigilancia, ni la prensa andaba a caza de tales sucesos, que, por otra parte, ni hoy ni entonces, fueron cosa habitual. Se convino en huir. La monja se descolgaría por la reja más próxima a la escalinata, más cerca del suelo, por consiguiente; el galán la esperaría en la plaza; aprovecharían las horas de la noche para ponerse en cobro, y se refugiarían, disfrazados, en Portugal. Limó los barrotes la reclusa, se dejó caer, pero a medio camino, o sus manos flaquearon, o rompiéronse las anudadas sábanas al dulce peso, y fue a estrellarse en las piedras. Huyó aterrorizado el amante, y ella allí quedó, semiviva, agonizando, hasta que, amanecido, la recogieron, rotos los miembros, helado ya el cuerpo donde horas antes corría, viva y ardiente, la llama transmitida por la eterna antorcha...

Y, en el estado de espíritu en que me encontraba, el drama, olvidado años enteros, se me volvía a representar cual si lo hubiese visto. ¿Cómo sería la enamorada? ¿De qué suerte mirarían sus ojos, semejantes sin duda a otros, que flotaban ante los míos, con temblor de plumajes de cuervos, de tenebrosas alas?

## II

**D** ESPERTÉ en la fonda, bajo la desagradable impresión de una luz repentina, vivísima, que hacía daño. No sé si solté alguna barbaridad, porque, después de una noche de desvarío, dormía al fin, plomizante, cuando sucedió lo que refiero. Un hombre estaba sentado sobre mí, y pesaba sobre mis pies, repitiendo a voz en grito:

—¡Arriba! ¡Arriba!

—¡Usted había de ser, don Tomás de Aquino! —refunfuñé—. ¿Hay fuego? ¿No me podía dejar en paz?

—Lo que hay es que estoy helado. Pero helado de morirme. Sáltame de esa cama, que si no me meto en ella, espicho.

Conocía sobradamente la manera de ser del médico para intentar resistir. Mientras él se desnudaba apresurada y elementalmente, quitándose sólo la ropa exterior y tiritando, yo hacía la operación contraria, y me ponía a escape calcetines y pantalones. El viejo, suspirando de bienestar, se metió en el hoyo caliente, y me pidió un cigarrillo.

—Ahí va, ahí va... ¿Qué más quiere? ¿Qué diantre ocurre?

—¿Qué ha de ocurrir? Aún no bien salió la diligencia de Rivadona, recado de casa de don Verísimo, que está con las boqueadas... Cuando llegó, ya, en todo caso, sólo haría falta el cura; la Extremaunción creo que ni la sintió... Entonces, ¿qué hago...? El caballo del herrador, y, con noche cerrada, ala palante... Los dedos se me han quedado tiesos sobre la rienda, y creí que se me desprendía la nariz. Pero aquí estoy, carabina: que me traigan café, muy caliente, y una copita de coñac.

Tomadas las disposiciones para el confortativo, insistí:

—En fin, usted por algo ha venido a echarme de mi cama.

—Es que... —El médico titubeó un instante, y bostezó enseñándome el galillo.

—Bueno, duerma ahora; ya me dirá...

El viejo, con un esfuerzo heroico, dominó la soñarrera.

—Para dormir, en Rivadona sería, y hoy hubiese tomado la diligencia... No, rapaz: tenemos que hablar muchísimo. ¿Has leído los apuntes que te entregué? ¿A que no?

—¿No se trata de una sucesión? —murmuré, para disimular mi ignorancia.

—¡Hombre, claro! Noticia fresca. Vaya, el señorito no ha leído... Andaría de tuna ayer... Habrá que informarle de palabra.

Dio unas chupadas a su cigarrillo, se agasajó muy bien en las sábanas, gruñó de satisfacción al empezar a no sentir el frío que antes congelaba sus secas venas, y añadió, sentenciosamente:

—La sucesión tiene su secreto. Anda por medio una mujer.

Tomó respiro. Se diría que preparaba un efecto, o que buscaba frases en armonía con lo que le interesaba sugerirme. Comprendí que no veía claro él mismo en lo que se preparaba a explicar. Caso raro en hombre de tanta resolución —nadie podía negarle esta cualidad—, vacilaba antes de entrar en materia.

—Anda por medio —repitió— una mujer, y ¡hum!, de las peligrosas. Tú ya sabes que el difunto, don Cecilio Pardiñas, tío de mi yerno, emigró a Cuba y se pasó la vida ganándose la plata. Parece que de poco acá, se resintió su salud, y se vino a España, para restablecerse. No enteró de tal resolución a su familia. Yo creí que el buen señor hubiese traído consigo algún criado; pero averigua que te averiguarás, supe que le acompañó una prójima, joven y guapa. ¿Qué misión desempeñaba esta prójima al lado de don Cecilio? Ahí está el quid. Lo cierto es que el viaje se hizo reservadamente. A bien que tengo yo amigos en el Centro Gallego de La Habana, y a veces escriben. Ello es que don Cecilio, desde que pisó la tierra española, se creería que se puso zapatillas de fieltro, para que no le sintiesen andar. ¿A qué tanto misterio? Hum... Algo tendrá el agua, cuando la bendicen. Llega, se agrava, se muere, todo silencioso. ¡Me escamé! Como no sabemos si hay o no testamento, ni nada, es preciso proceder con rapidez y habilidad. La mujer no ha salido de Estela.

Reside en la casa que había alquilado don Cecilio. Ahí está la pista. ¡La cosa me huele muy, muy mal!

Interrumpió la plática, para beber con fruición el café casi hirviendo que le traía la maritornes en una cafetera medio desescañada, llena de abolladuras. Don Tomás de Aquino saboreaba, con el mismo gusto que aquel café, los goces de la vida, al par que desdeñaba sus molestias, con una mezcla de estoicismo y de epicureísmo, que es acaso el arte de pasarlo medianamente en este pícaro mundo. Yo siempre había creído que don Tomás era un hombre feliz, hasta donde cabe serlo. Sólo en la manera de absorber aquel café, de gemir la satisfacción al sentirlo bajar, reconfortante, a su estómago, se comprendía la suma de energías vitales que aún atesoraba aquel organismo.

—¡Qué ancianos, los del tiempo de mi padre! —pensé—. ¡Más fuertes que nosotros!

—¡Carabina! —juraba, muy contento, don Tomás— ¡hacen siempre, en esta fonda, un café superior! Ya siendo yo estudiante —mira la fecha—, se ha hecho aquí buen café.

Y como si la infusión le hubiese despejado del todo la memoria, añadió, dándose un cachete en la frente:

—¡Calla! ¡Pues en esto hay que fijarse! ¡La individua que vino con Pardiñas, tiene un niño!

Recalcó la palabra.

—Un niño, ¿eh? ¿Quién sabe si ahí está el herederito? ¡Pero no cuentan con don Tomás!

La historia no me interesaba tanto como al médico; ya se comprende. Nunca me hubiese interesado al igual, pero parte de mi indiferencia dimanaba de que yo no estaba allí, sino que, como verdadero herido de mal de amores, mi alma, ausente de mi cuerpo, revoloteaba alrededor de mi aparecida dama de luto. Los recuerdos de la víspera —asaz insignificantes— me asediaban, y lo que alborotaba a don Tomás, parecíame la cosa más desdeñable del mundo.

—¿Un niño? —repetí maquinalmente—. ¡Vaya! Sí, sí; puede que el testamento, si existe, esté hecho a favor de ese chiquillo... Y, después de todo... ¿qué encuentra usted de particular en que don Cecilio tuviese una querida y un hijo natural, y les deje cuanto poseyó? Se explica, y hasta sería raro que hiciese otra cosa.

Don Tomás se incorporó. Sacó un brazo velludo, cubierto con elástica gorda, y señaló a su chaquetón, desmayado sobre una butaca de yute.

—Alcánzame esa cartera.

Acerqué la cartera mugrienta, de zapa, del médico rural, y entre formularios y anotaciones de visitas, salió una carta extensa, dentro de un sobre con sello de la República cubana.

Era una misiva de don Cecilio a su sobrino Manolo, el yerno de don Tomás de Aquino. A instigación de éste, Manolo había escrito al pariente opulento, quejándose con insistencia de lo malos que estaban los tiempos, de la numerosa prole, de la enfermedad de la esposa, que les había atrasado; y allí estaba la respuesta de don Cecilio, enviando una letra de tres mil pesetas, y añadiendo: «Es un anticipo esa cantidad, porque realmente, no teniendo yo hijos, ni más parientes cercanos que vosotros, el día en que falte, que no será tan pronto, porque estoy muy rufo, a vosotros irá a parar mi fortuna...»

—Fíjate bien, Mauricio —insistió don Tomás—. Fíjate bien. Ojo. Esta carta vale un Perú; ya ves que es del mes de mayo del pasado, y estamos en enero. En primer lugar, Cecilio dice que no tiene hijos, ¿lo oyes?, ni más parientes cercanos que mi yerno y su hermano Quintín... Consecuencia: el chiquillo no es hijo suyo. Y luego, oído a la caja, añade que está muy bien, muy fuerte, y para dar todavía muchos disgustos... Y seis meses después, ¡atención!, se tiene que venir acá, enfermo. Y le acompañan la mujer y el niño, que hacen con él la travesía de La Habana a nuestras costas... ¿Pero qué te pasa, rapaz? Parece que no me oyes... ¡Ay, ay, ay! Mal negocio. No me vas a servir de nada. Estás así, como atontado, carabina.

Protesté. Era que, como me había despertado tan de súbito...

—Bueno; pues mientras te despabilas, como yo, merced al señor café, ya estoy más despabilado que una liebre, me iré visitando y afeitando, ¿tienes navaja?, ¿tienes pasador?, ¿tienes jabón? Y luego me iré a dar una vuelta por los soportales. Tú te arreglas también. Así que estés listo, bajas, y vamos juntos a la casa mortuoria, a ver a la madamita. Será una conferencia diplomática, que ni las de Marruecos. Ya sé que estos pasos los debía dar mi yerno, pero tú conoces al pobre Manolo: un santo,

un santo convertido, y no queda nadie que no abuse de él. Si no es por mí, no se menea, y se lleva el diablo el porvenir de sus hijos, ide mis nietecillos! ¡Cuatro ya! El abuelo es quien no los abandona. A ver si, viviendo yo, roba nadie lo suyo a mis pequeños.

Cumpliose el programa. Don Tomás anduvo muy sucinto en sus operaciones de aseo. Ni aun se mudó el cuello postizo. En un periquete se alistó y salió, encargándome mucho que no tardase. Por más que avivé, me fue necesaria media hora para arreglarme. En cualquiera otra circunstancia, me inspiraría viva curiosidad el extraño asunto y las reticentes suposiciones del médico. Aquel señor opulento, en buen estado de salud, hasta que conoce a una mujer, y muriendo poco después de una enfermedad misteriosa, sería, juzgaba yo, un maniático de amor, destruido a fuerza de caricias, de transportes. Y me daba a fantasear la pasión devoradora, más ardiente bajo el cielo antillano; uno de esos volcanes que derriten en su escoria inflamada los sentidos, y que a veces hacen erupción en la última etapa de la vida. Tales suposiciones nacían de mi estado especial, de la semilocura que me dominaba, desde que me encontré con la enlutada señora, al pasar por la Puerta de la Penitencia. Y rene-gaba del médico, que venía a distraerme, a imponerme sus cuidados, cuando todas mis facultades se intensificaban para buscar y encontrar a la fugitiva. ¿Qué me importaban a mí los asuntos del yerno de don Tomás, ni sus cuatro nietecitos, que yo veía jugar tantas veces, despeinados, de zapatos rotos en la acera ante el tenducho paternal? Experimentaba contra don Tomás la animosidad que inspiran los que nos distraen de afanes intensos, la que siente el perturbado en su manía, en el desarrollo de su idea insana. A mí, que sólo pertenecía a mi aparición, me obligaban ahora a mezclarme en sórdida intriga de intereses, la revolver una sepultura para sacar de ella oro! Y yo conocía bien a don Tomás: ya no me soltaba hasta haber descifrado el enigma que le traía a Estela...

Malhumorado, bajé las escaleras, y encontré al médico, har-to de dar vueltas arriba y abajo.

—Eres un don Perejil... —me gruñó—. No sé para qué diantres os componéis tanto, carabina, cuando no pensáis en bodas, ¿eh?

Agarrándome del brazo, me arrastró hacia la Plaza, donde entona su lacrimosa elegía la fuente, y tomando encrucijada arriba, salió a una calle más frecuentada, de las menos angostas de Estela, y en la cual abundan las viviendas suntuosas de la nobleza, hoy ausente, o del Cabildo, que las da en arrendamiento. Se detuvo ante una, no muy grande, pero con ese airecillo monumental que interesa al artista. Encuadrando la Puerta retorcián sus volutas adornos barrocos, y, sobre el dintel, había esculpidas frutas y flores, todo grueso y basto como la talla de ciertos retablos del XVIII. A ambos lados, las conchas o veneras del Cabildo resaltaban. En las oscuridades del portal, una lamparillita alumbraba a una Virgen metida dentro de la urna de vidrio, polvorienta, que apenas dejaba entrever la efigie. Todo lo aprecié en ojeada rapidísima, mientras el médico se lanzaba a la escalera, y tiraba de la campanilla, secamente, con campanillazo de acreedor.

### III

S ALIÓ a abrírnos una mulatilla, tocada con un pañuelo de seda rojo, llevando de la mano a un niño como de seis años.

—¿Doña Adoración Velasco? —preguntó don Tomás—. ¿Vive aquí?

—Sí, señó...

—Dígale que necesitamos verla.

—Ay, señó... No etá, señó... No resibe el amita Adora.

Mientras duraba este breve diálogo, el niño, curioso se había acercado a mí. Yo, sin fijar al pronto la atención en él, atendía a las respuestas de la mulatilla y tomando cartas en el asunto exclamaba:

—A estas horas, la señora estará de seguro. Y como venimos para hablar con ella de cosas importantes, dígale que haga el favor de recibírnos.

—¡No puedo, ay señó! Candela no puede pasá recado. Ama no etá.

Cuando así se expresaba la morena, el niño, vivamente, se me arribaba más, y alzaba su rostro para contemplarme, como hacen los chicos que viven sin contacto con la gente, y a quienes todo llama la atención. Solicitado por la mirada de la criatura, bajé la mía... y un grito, que pude sofocar, se deslió en mi garganta. En la cara del niño me parecía ver la otra, la que ya pudiera decir, empleando la frase del poeta místico, que tenía dibujada en las entrañas, muy adentro. Eran los mismos vastos ojos negros, de calentura, la misma palidez, la misma boca pequeña y como teñida de fresca sangre, el mismo óvalo demasiado perfecto, de una pureza artística, la misma tez de marfil... Y al pronto dudé, suponiendo que mi obsesión me hacía ver a

aquella mujer en todas partes; pero, después, uno de esos fenómenos de enlace repentino de ideas dispersas y sin conexión anterior, se produjo en mí; una convicción súbita me invadió, y me hizo exclamar, categóricamente, respondiendo a nuevas objeciones de la mulata:

—No tenemos más remedio que ver a la señora; haga favor, Candelita...

Sin violencia, pero con decisión, la desvié, lo mismo que al pequeño, y siguiendo aprisa un pasillo ancho, me dirigí hacia la puerta de lo que presumí que era la sala. Pero la morena, dando chillidos, nos seguía... y hasta agarró de la americana a don Tomás, encantado de mi resolución y secundándome con denuedo.

Me volví, un instante, y hablé, cortésmente:

—No se asuste, niña, no venimos a cosa mala. Gente honrada somos. Tenemos que hablar con la señora de cosas de interés. Llámela, mujer, en vez de chillar así...

Parecieron convencer a la mulata mis razones, y abriendo la puerta de la sala, corrió a dar aviso.

La sala era ostentosa y chabacana, los muebles, forrados de tabinete carmesí, de madera negra tallada y barnizada; en la esquina, un magnífico piano; ningún cuadro en la pared, y un soberbio reloj de ágata y bronce, con sus inevitables candelabros, sobre el mármol del entredós. Se veía la instalación precipitada del ricachón que se compra su lujo en el primer bazar que encuentra. Don Tomás, satisfecho, refregaba las manos, y me decía:

—¡Lo has hecho muy bien! ¡Qué demontre, la maldita no quería que la viésemos!

Sentí como un golpe en lo interior, y exclamé, sin poder contenerme:

—¡No hable usted así de una señora!

Antes que el gesto de estupefacción se le borrara al médico, y mi enojo fulminante se hubiese calmado, apareció en la puerta la dueña de la casa, que, un instante, se detuvo, como si recelase, o como si quisiese examinarnos. Me dio la sangre un vuelco, y me quedé como deslumbrado. Era ella, la misma, sólo que esta vez la veía a toda luz y su color me parecía más puro

en la ligera amarillez cérea de las mejillas, más sangrante el carmín de sus labios, y casi irresistible el lampo de sus temibles ojos. El pelo negro, abundantísimo, alisado sin pretensiones en doble bandó, sostenido en gruesa trenza sobre la nuca, exageraba todavía más la perfección del corte de cara, semejante al de las vírgenes de alabastro de los escultores. Las rojas cortinas, entreabiertas, sobre las cuales se destacaba, servían de fondo a su figura, como las llamas a las ánimas de los retablos.

Se adelantó, por fin, y con tiesura, pero no tan displicente cuanto pudiera temerse, nos preguntó:

—¿Quiénes son, señores, y por qué se me han entrado así en mi casa?

La dulce pronunciación antillana me acariciaba los oídos como una música, y sentí deseo de cerrar los párpados, a fin de recoger mejor la voz encantadora. No tuve acción para contestar; me estremecí de nuevo, porque, en su modo de volver la mirada hacia mí, vi que me había reconocido. Don Tomás, que la consideraba hostilmente, pero a quien mi apóstrofe había sin duda contenido, preguntó, lo mismo que si acusase:

—¿Es usted la señora doña Adoración Velasco, viuda de Corvín?

—Tengan primero la atención de decir quién son —insistió la señora.

—Yo, para servir a usted, Tomás de Aquino Vivares, médico, y el señor, don Mauro Mariño, notario. Venimos para asuntos graves, señora, y nos ha de dispensar si la molestamos, pero como no nos falta qué hacer en Rivadona, donde residimos, y hemos de aprovechar el tiempo de nuestra estancia en Estela, nos hará gran favor si nos escucha.

Inclinó ligeramente la cabeza, y con un gesto que pudiera parecer sonrisa, asintió.

—Digan lo que desean, pues. Tomen asiento.

—Se trata de esto, señora... —declaró don Tomás, de canto en el sillón—. Mi hija está casada con un sobrino carnal del señor de Pardiñas, hoy fallecido, que vino con usted de La Habana. Mi yerno y su hermano son los herederos legítimos de don Cecilio, hijos de su única hermana, y usted sabrá si hizo testamento, o murió abintestato, y lo que se encontró a su muerte.

—Bien, señor —respondió con absoluta calma ella, mirándonos sucesiva y fijamente al médico y a mí—. Verá qué fácil es responder a sus preguntas. Yo no soy viuda de Corvín; don Aurelio Corvín fue mi primer marido, y hoy soy viuda de Pardiñas. Don Cecilio se casó conmigo, y ha dejado testamento, legándome todos sus bienes, absolutamente todos. La familia de mi segundo esposo nada tiene que intervenir aquí.

¡Lástima de instantánea, que sorprendiera el gesto de don Tomás! Era la máscara del furor. Pero la que yo llamaba en mi interior «Adora», habiéndome apoderado de la bonita contracción de su nombre, no vio aquella jeta amenazadora, de precito. Acababa de entrar corriendo el niño, y se colgaba de su cuello con avidez mimosa. En la manera con que la madre acogió la demostración leí un bello y profundo poema de amor maternal, sin límites. Su faz cambió, sonroseándose de placer. Palabras inarticuladas «Lilín... rey... tesoro... delirio...» se entrecortaban en los labios, y yo sentía, además de la veneración espiritual, una profana embriaguez, como si las caricias fuesen a mí; mejor dicho, en aquellas caricias me parecía que adivinaba otras, de distinto género... Por un momento permaneció fundido en el abrazo íntimo el encantador grupo, y mi mirada siguió devorándolo, y mis sienes latiendo, y mi alma abismada en querer. Pero don Tomás, que no podía refrenarse, prorrumpió:

—Señora, atienda... Luego besaré al chiquillo... Lo que usted dice no se puede creer así sin más ni más. Yo traigo aquí —y la mano, temblona de ira, extrajo del bolso la consabida cartera de zapa, con su mugre y todo, y de la cartera la misiva, que tenía el sello de Cuba—, yo traigo aquí, me entiende usted, una carta de don Cecilio a mi yerno Manolo, en que le dice que no tiene más herederos que él y su hermano.

La señora, rechazando suavemente al pequeño, miró a don Tomás de hito en hito. Sus ojos sombríos le enviaron aquel fluido que a mí me estremecía, pero ¡bah!, con el reacio y ladino médico, ¡alfiler en cuero de hipopótamo...! Al fin, alisando con la mano la melena abundosa del niño, que se había sentado en su regazo, dijo lentamente exagerando el arrastre insinuante de su pronunciación:

—Señores... No se habla de memoria. A su disposición están mis papeles. Al señor, que es notario, no tengo inconveniente en confiárselos. Aguarden un instante: les presentaré mi fe de boda, y el testamento, ¿cómo se dice?, ológrafo, ¿no?, de don Cecilio. Ven, Lilín.

Se levantó, y con el niño agarrado a su falda, salió, dejando en el aire un perfume nuevo para mí, de alguna flor exótica, un aroma que era fino, pero mareaba. Así que hubo traspuesto la puerta, don Tomás se encaró conmigo.

—¿Chacho, tú ves esto? ¿Tú ves este descaró? ¿Pues no confiesa que el viejo le ha dejado todo?

—¿Qué tiene eso de particular? —exclamé, como a pesar mío—. ¡Si la quería!

—Pero, ¿qué cariño es ése, hombre; es algún escopetazo? ¿A los años de Pardiñas? No hace seis meses, le escribía a Manolo...

—Don Tomás, el amor es cosa de un segundo —murmuré, como a pesar mío.

—Y la tontería es de toda la vida —refunfuñó él—. ¡Me gusta! ¡Amor, amor! ¡Porquería, porquería, es lo que dirás! ¡Un vejstorio!

—Ponga usted que no fuese amor —repliqué fogosamente—, ponga usted que fuese compasión, ternura hacia una mujer acaso desamparada, una pobre viuda con un niño pequeño... ¿Qué más da?

—Y qué, ¿mi yerno, que es su sobrino carnal, hijo de su hermana, no tiene cuatro niños? ¡Es un despojo infame! Se deja un legado, se distribuye... ¡Pero todo! ¡Absolutamente todo, a esa cómica!

Iba a protestar, indignado, cuando de nuevo se destacó, sobre el fondo púrpura del cortinaje, la figurita enlutada.

Ya no venía con ella el niño. Candela lo estaría entreteniéndolo, con cuentos de su isla, de gigantazos negros y pajaritos fascinados por serpientes. La señora avanzó y, en ademán condescendiente y digno, me entregó unos papeles enrollados.

—Ahí los tiene; los puede examinar, y cuando se convenza de que están en regla, señor, me los trae otra vez. No quiero que los mire de prisa. Tome; en sus manos pongo la fortuna de mi Aurelín, de un inocente.

—Señora, en mi poder los tiene usted bien seguros. Y... gracias por su noble confianza.

Ella permanecía en pie, como si nos despidiese, terminado el diálogo enojoso; pero don Tomás conservaba aún una flechecita en su aljaba, y bien aguda... a juzgar por el efecto que produjo. Tosiendo ligeramete, como para facilitar a las palabras el paso por el gáznate, y permaneciendo sentado, articuló:

—Señora, mil gracias le doy también, pero aún tengo que molestarla pidiéndole algunos detalles, que, naturalmente, me han encargado de preguntar mi yerno, y mi hija, los cuales no pueden ser indiferentes a lo concerniente a su tío, el único hermano de su pobre madre. Yo, como facultativo —aunque humilde médico de aldea— deseo también que usted me ilustre, y no extrañe una curiosidad natural. Es preciso que la familia sepa de qué clase de enfermedad ha muerto el señor Pardiñas.

—Pues, señor —respondió ella, un poco indecisa, sentándose frente a don Tomás, al parecer cansada—, de fijo, no sabré decir de qué mal murió... Iba perdiendo, perdiendo fuerzas... Se debilitó... ¡La ancianidad!

—En su carta —replicó don Tomás, apretando los dientes—, que es de bien corta fecha, decía que se encontraba perfectamente, sin el menor quebranto. Muy anciano, tampoco era. Sesenta y dos. Le llevo cinco. Pero, señora —añadió redoblando intenciones—, al señor Pardiñas le habrá visto algún médico. Ese médico sabrá...

—¿Médico? —repitió ella, como si cayese en la cuenta de algo que debió hacer y no hizo— ¿Médico dice? ¡Si mil veces se lo propuse! Que convendría llamar a un médico. Pero les tenía aprensión. No quiso nunca, el cuitado; no quiso.

—¿De modo que se ha muerto don Cecilio así, como un perro, sin auxilios humanos?

La palidez blanca del rostro se hizo lívida, y Adora se irguió.

—Me habla con poco miramiento; siento decirle que estoy en mi casa, y le suplico no permanezca en ella más.

Mostraba fruncido severamente un ceño de azabache, tan perfecto como las restantes facciones de aquel rostro divino.

—Señora —protesté—, yo no apruebo lo que está haciendo mi amigo, el señor Vivares. Al contrario. Me retiro, después de pe-

dir perdón por la parte que tengo en presenciar este censurable interrogatorio. Don Tomás, usted está ofuscado. Vámonos —añadí imperiosamente.

Con un gesto entre excusa y reto, el médico salió sin saludar, y yo me quedé un poco atrás, deseoso de afirmar mi desacuerdo con tal modo de portarse. La señora permanecía derecha en medio de la sala, echándonos con la actitud grave y fría. Pero cuando, deteniéndome en el umbral, la envié una mirada rendida, suplicante, en que me entregaba atado de manos y pies, ella, deponiendo el enojo con gracia infantil, de pronto transformó toda su fisonomía, y me sonrió de una manera luminosa y triste, como pidiendo auxilio... El alma se me deshacía en ansia de echarme a sus pies. Puse instintivamente las manos sobre el pecho, porque me ahogaba, no sé si de gozo, y, andando hacia atrás, como se hace ante los reyes, me retiré sin dar la espalda.



#### IV

**D**ON Tomás me esperaba en la antesala, pateando de cólera. Al salir, pegó un portazo. En la calle no chistó; sin embargo, se veía que estaba furioso conmigo. Pero la furia, en aquel hombre tan inteligente —debo reconocerle esta cualidad— no dura más de lo que le conviene, pues la reflexión hace su efecto en seguida, y dicta la moderación, siquiera en lo externo. Cuando nos sentamos frente al almuerzo de doña Faustina, ya estaba el médico equilibrado, aunque su frente, cruzada por pliegues de inquietud, revelaba la roezón de la idea dominante. Devoró, sin embargo, con excelente apetito, pues el vigor de aquel viejo estaba sostenido por un estómago que era un molino y una dentadura recia; me echó dos o tres indirectas porque dejaba en el plato la mayor parte de mi ración, y al presentar la fámula el café —cuando se habían retirado los demás comensales de la clásica «mesa redonda»— me propuso que lo tomásemos en nuestra habitación, que tenía una salida accesoria, y ya allí, ante la cafetera humeante y la botella de mono, dio suelta a la lengua, no sin cerciorarse antes de que nadie podía oírnos.

—¿Qué ves tú en este asunto de don Cecilio? Deseo conocer tu opinión.

—¿Qué quiere usted que vea? —respondí—. Poco de particular, aunque sí mucho de molesto para los que esperaban heredar a ese señor.

—De modo que no tiene para ti nada de extraño, el que un hombre que no pensaba en bodas se case sin más ni más a los sesenta y pico; el que un hombre que proyectaba dejárselo todo a sus sobrinos, hijos de una hermana, ¡ffjate!, no les deje ni me-

morias, y el que ese hombre, que se encontraba en excelente estado de salud, de pronto se debilita, se debilita —imitaba la voz y el ceceo azucaroso de Adora—, y se vaya al otro barrio sin que le vea un solo médico, sin que se pueda explicar la clase de enfermedad que tan impensadamente se lo lleva a la sepultura. ¿Conque esto no te parece ni raro, ni inverosímil, ni sospechoso, sino que lo encuentras tan sencillo y natural, como beberse un vaso de agua? ¡Carabina contigo, y qué tragaderas te ha dado Dios!

A pesar mío, y en medio de mi enajenación, el discursito no dejó de impresionarme algún tanto. Había, por lo menos, singularidades en la historia. Mal pudiera ocultárseme.

—Bueno, convengo en que todo ello sorprenda... pero, don Tomás, ¡para el amor no hay edades! Se enamoró don Cecilio, sin duda, como un cadete, y admitido eso, que no es un fenómeno, lo demás viene por sus pasos contados. Si la amaba, era lógico que la instituyese heredera, vamos.

—Y ¿era lógico también, sardina sin sal, que ella le dejase morir, que no hubiese allí asistencia médica?

A esto no supe qué responder.

—Ya ve usted... Una mujer sin experiencia...

—¡Sin experiencia! Mira, no quiero enfadarme, porque me he propuesto gastar mucha flema y mucha picardía en este embrollo, que he de desembrollar, o pierdo mi nombre de Tomás de Aquino. Esa mujer no cumple ya los treinta; es viuda; es decir, era viuda cuando la conoció don Cecilio, por su mal; con su primer marido corrió mundo, y dos veces vino a España —porque yo, antes de saber lo del segundo casamiento, enterado de que acompañaba a don Cecilio en su viaje, me informé, a derecha e izquierda, cuanto pude. Esta doña Adoración es hija de un boticario— fijate—. Su primer marido, el tal Corvín, fue un punto filipino, jugador y borracho, que la maltrataba, que hasta la quiso matar, y lo mismo al chiquillo, y al cabo la dejó sin una peseta... Entre los acreedores estaba don Cecilio. De aquí salió conocerse; ella le fue a suplicar que perdonase la deuda... En fin, trapisondas.

Al oír aquella historia de dolor, una tierna piedad me invadía. ¡Pobre mujer, desdichada, en lucha con la necesidad, ame-

nazado su hijo de la muerte y del hambre! ¡No, yo no consentiría que otra vez fuese infeliz: en mí se robustecía el propósito de defenderla contra todo y todos! Y, para empezar a realizar mi propósito, decidí emplear también la astucia: seguirle la corriente a don Tomás, y no sobresaltarme ni indignarme, aparentemente, por nada que dijera.

—Bien —repuse—, todo será muy cierto, pero ¿qué? Un señor, que no parecía dispuesto a casarse, se casa; deja a su mujer sus bienes; se muere, mejor o peor asistido... No veo lo que de tales antecedentes vayan a sacar en limpio los que antes eran presuntos herederos de ese señor.

—Tú calla —replicó don Tomás— y hazme el favor de enseñarme esos documentos que la señora te ha entregado para que los examines.

Saqué del bolsillo el rollo, y lo desenrollé, pero, sonriente, me negué a que saliese de mis manos.

—No —dije—. Perdóneme usted, amigo don Tomás. Estos documentos están confiados a mí, y no puedo separarme de ellos: no tengo derecho a correr albur ninguno. Yo los leeré, y le enteraré de cuanto puede importarle.

Así lo hice. La certificación, en toda regla, probaba que doña Adoración Velasco y don Cecilio Pardiñas habían contraído matrimonio en Vigo, en fecha no muy posterior al desembarco de los dos pasajeros en la preciosa ciudad. Una angustia me oprimía durante la lectura, el corazón. Presentía lo que estaba sentenciado a oír de boca de don Tomás, y que, en efecto, salió de ella sin tardanza.

—Vamos, en Cuba no se decidió al casorio el viejo, y se vinieron juntitos y arrimados hasta Vigo... La señora es de oro.

—¿Por qué se ha de pensar mal siempre, don Tomás? —murmuré sentidamente, a despecho de mis propósitos.

—Porque sólo los tontos piensan bien de ciertas cosas —bufó el acusador—. Muy blando te veo con la viudita... A ver, lee, lee el testamento... ¿Dónde está fechado?

Desvié la codiciosa mano que de soslayo se tendía hacia el papel, y declaré:

—Aquí, en Estela... Pocos renglones...

—Déjame ver la letra... ¡Qué temblona! ¿Fecha?

Cuando la hube leído, una exclamación triunfante, llena de sarcasmo:

—¡Visto! ¡Tres días antes de que espichase el pobre!

El médico, habiendo bebido un sorbo irritado el café, se levantó y anduvo a grandes zancadas, arriba y abajo, por la sala pequeña, haciendo retemblar el piso bajo sus rudas botas de galeno de pueblo, que ha de salir aunque lluevan chuzos. Al fin, deteniéndose ante el sillón en que yo permanecía abatido, me dijo muy bajo, al oído casi:

—Mira, rapaz, este testamento no puede prevalecer. Lo que conviene, en este asunto, es de dos cosas una: la primera y mejor, puesto que lo tienes en tu poder y no existe otra prueba de la chifladura de ese señor, es hacer el documento pedacitos menudos, lo más menudos posible, irte al paseo de la Serreta, donde sopla viento siempre, y soltar las maripositas.

Salté en la butaca, con exclamaciones de protesta.

—Vamos, veo que te asustas... No te cabe en la cabeza que es un mero acto de justicia... Aun inutilizando el papel, doña Adoración queda rica: la ley le señala una buena parte del caudal... ¡Pero o somos caballeros o no lo somos! Te lo han confiado, y esto basta... ¿eh?

—Naturalmente, don Tomás... ¡Cómo puede usted figurarse...!

—Bien; pues entonces queda otro recurso, hijo. Lo que no te atreves a hacer tú, que lo haga, con sus manitas de cera, y cuanto antes, la propia doña Adoración. Ella, ella es quien debe romper el documento, que la pierde.

—Pero don Tomás —objeté—. ¿Cómo quiere que doña Adoración cumpla sus caprichos de usted? El testamento está en regla, y la letra es, igual a la de la carta de don Cecilio, que usted me enseñó. Temblona... no es extraño, en un señor de edad y enfermo. ¿Con qué derecho pido a una madre que, para darnos gusto, tire por la ventana la herencia de su hijo?

—¿Con qué derecho? ¿Con—qué de—re—cho? —repetió, al recalque, don Tomás—. Saliendo al pasillo, se cercioró de que no andaba por allí nadie que acechase y pudiese sorprender nuestra singular plática. —Con el derecho —añadió volviendo a insuflar su cálida voluntad en mi oído, como para enviarla al ce-

rebros más directamente— ¡del que puede hacer que esa mujer sea acusada ante los tribunales de justicia, de un crimen!

Aterrado, tartamudeó:

—¡Pero si repito que el documento está en regla!

—¡No tratamos ahora del documento! ¡Hazte el inocente! La enfermedad y el fin de don Cecilio están en el misterio... Los médicos, en esto, no solemos equivocarnos. ¡Hemos visto tantas cosas, en el ejercicio de nuestra profesión! Y, a veces, hijo, seamos francos, se hace la vista gorda, por evitar daños mayores... Pero, en este caso; ¡imagínate tú! El porvenir de mis nietecitos... Se me ha puesto aquí sacarles adelante...

Y señaló el aborascado entrecejo.

—¡Don Tomás —protesté—, si eso no cabe en cabeza humana! ¡Qué barbaridad! ¡Si hasta es infame suponerlo, después de ver a la pobre señora y a su pequeñito!

—Ta, ta, ta... —refunfuñó el médico—. Después de ver, icarabina! Después de ver... se me han quitado las pocas dudas que me quedaban, ¿lo entiendes? Doña Adoración es capaz de todo, con tal de asegurar a su hijo una fortuna. Para descifrar aquellos ojos y aquella boca, no hace falta saber latín.

—¿Acusa usted a una mujer, por ser madre apasionada?

—El amor de madre, como todas las pasiones, puede llevar hasta... —Interrumpiose, y como el que quiere hacer punto final: —En fin, rapaz —decidió—, hablemos claro y sepamos a qué atenernos, porque a mí no me convences tú, ni yo, por lo visto, logro persuadirte. Di terminantemente si quieres o no ayudarme en esta empresa, que es justa, y en que yo también tengo mis niños que amparar, irecarabina! Si no te gusta mezclarte en el asunto por cualquier razón, pongo por caso, que te has enamorado de la señora...

Asustado de la perspicacia de aquel demonio de hombre, afecté reír.

—¡Vaya! ¡Friolera! ¡No corre usted poco!

—¡Ah, la muerte y el amor corren mucho! —sentenció don Tomás—. Bueno, si no te es grato el intervenir en este enredo, no hay nada perdido. Yo solo me basto y me sobro. Hoy mismo he de averiguar quién de mis compañeros de Estela firmó el certificado de defunción de don Cecilio, ¿estás? Y luego me presen-

taré a la señora, y le notificaré que o transige rompiendo el testamento y contentándose con lo que la ley le señala, o el juez intervendrá; procederemos a la exhumación del cadáver... y todo saldrá en la colada. ¡Vamos a divertirnos mucho!

Me quedé de piedra. El espanto de lo que don Tomás daba a entender, paralizó mi sangre y aturdió mi cerebro. Tan enorme me parecía, tan imposible, que aquella mujer fuese acusada, presa, llevada a la cárcel, y después... ¡Oh, qué visión de horror! Al fin, me alcé, y amenazante, fui sobre don Tomás, gritando: —¡No se puede sufrir!

El médico permaneció impasible. Una mueca irónica daba a su rostro pomuloso, enjuto y tostado por la intemperie, algo de faunesco.

—¡Vaya, vaya, vaya! —rezongó con burla—. ¡Nada, que el señorito se me ha enruchado! ¡Y me maltrata, a mí, que puedo ser su padre y que sé del mundo lo que él, el muy bolonio, no sabrá nunca! ¡Qué había de saber, el pobrecito! Tenéis la leche en los labios, mocosos! ¡Cuando uno es ya duro de pelar y ha ejercido toda su vida la medicina, y ha asistido a millares de agonías, y está harto de conocer la condición humana, un simple como tú no le da lecciones! Yo sé lo que digo: pero veo que, en esta cuestión, contigo no puedo contar. Te han embrujado. ¡Y no te da poco fuerte! ¡Y yo que, viéndote ir para solterón, pensé que en esto de las hembras eras pazguato!

—Don Tomás —exclamé al fin, haciendo pujos heroicos para dominarme—. Usted puede decirme cuanto quiera; es usted un antiguo amigo de mi padre, y respeto mucho sus canas. Pero usted también debe respetar mi modo de ver, al no creer, sin prueba alguna, cosas monstruosas. La caridad nos prohíbe ser tan malos... y lo prohíbe también el sentido común. Es usted un novelista que ni Dumas. Yo no necesito estar enamorado de esa... señora, para ver en lo que usted pretende, un folletín espeluznante y una invención calumniosa, ¡qué demonio!

—Bueno, basta, amiguito... Me las bandearé por mi cuenta. A ver al médico y al juez voy ahora mismo. Y aquí no ha sucedido cosa ninguna.

—No, don Tomás —imploré, con súbita resolución—. No habrá nada de eso. Usted me hizo intervenir en el caso, y he ad-

quirido derechos ya. No dé usted ningún paso; espere; déjeme hablar antes con la viuda de don Cecilio. Después de la entrevista, diré a usted de un modo definitivo, si me retiro o no del asunto. Dependerá de la convicción que adquiera.

—Bien. Hasta mañana te doy de plazo. Y, si te importa la madama, convéncela de que eche al aire mariposas blancas, o haga «brujas volanderas» sobre un plato, con el testamento ese. Buen consejo, créeme. ¡Ah! Y no vayamos a tener aquí el tercer marido... porque entonces...

Incapaz de oír serenamente tanto sarcasmo, cogí el sombrero y salí a la calle a respirar.



**S**E acercaba la amiga noche, cuando la señora, en contestación a una misiva apremiante, me concedió la hora de conversación que solicitaba. Abrió la morenita Candela, y me hizo pasar, no a la sala, sino a un gabinete contiguo, cuyo fondo, de cortinajes, hacía suponer detrás más íntimas habitaciones. Encontré a doña Adoración reclinada en una mecedora, y vestida con una bata blanca toda incrustada y guarnecida de encajes negros. Tenía cerca un brasero de copa, de esos que todavía se usan donde no hay chimeneas, y extendía a la lumbre sus manos frágiles, de cera, según la frase del médico, que el reflejo de la brasa sonroseaba y hacía transparentes.

Me impresionó su languidez, su abatimiento, aquel modo de recibirme sin cambiar de postura, casi sin mirarme, como quien ya no tiene interés por nada en la vida.

A mis fórmulas de saludo se resolvió por fin a alzar la cabeza, pero no me tendió la diestra, contentándose con señalarme una silla y rogarme, en voz sorda, que me explicase.

—A ver, señor... Diga ya...

Tembloroso de ilusión, me senté lo más cerca posible, y saqué del bolsillo un sobre-tela, donde había guardado los documentos. Casi postrado, se los presenté.

—Éste es —le dije— el depósito que usted confió a mi lealtad. Debo decirle que los papeles están en regla. Los hemos examinado despacio don Tomás y yo, y nada hay en ellos que no sea conforme a ley.

Vi animarse su rostro, por el cual pasó una sonrisa de gratitud. Recogió los papeles, y murmurando «¿Me permite usted?», se levantó, reanimada, y salió, sin duda con ánimo de guardarlos.

Aquel movimiento me sorprendió un poco. ¡Tanta precaución! ¿Por qué no dejarlos, sencillamente, sobre una mesa? A pesar del engreimiento pasional que me enloquecía, cruzó por mi imaginación que aquella mujer pudiera ser culpable, que desde luego era interesada y codiciosa. Todo ello, como vislumbre o relampagueo de idea que no logra imponerse. Un minuto después, mis sentimientos giraron otra vez hacia la quimera de amor. Porque ella volvió a entrar, y a ocupar su mecedora, y aquel consabido perfume extraño, trastornador, a flor tropical, subió de sus faldas a mi cerebro. Inclinandose hacia mí, suspiró, más bien que dijo:

—Yo le conocía, don Mauro, cuando vino aquí por la mañana... ¿no sabe? Le vi...

—En la Puerta de la Penitencia —terminé yo, con insinuación ahincada y sumisa.

—Justo... Le hubiese conocido, ¿sabe?, en cualquier parte... Y usted, ¿me recordaba?

—¡Yo...!

Puse en el monosílabo tal vehemencia, que ella hizo un movimiento como para desviarse; pero sentí los arrestos gallardos de los momentos decisivos, la inspiración de las victorias. Mi sangre era fuego líquido, y mi cuerpo parecía no adherirse a la tierra. Alas de águila brotaban en mí. No necesito decir que casi había olvidado la comisión de don Tomás, la historia del testamento, y cuanto pertenecía a las realidades mezquinas e impuras. Sin embargo, en mi deseo de revestirme de prestigio a los ojos de la antillana, resolví ofrecerme como salvador; el instinto me dictó lo que había de decirle:

—¡Yo! —repetí—. ¡Recordarla! Cuando la he visto, Adora... allí en la Puerta... comprendí que usted iba a tener sobre mi destino inmenso influjo, y que en el de usted mi intervención sería decisiva, para su bien... No he sentido por ninguna mujer cosa semejante. No he empezado a vivir hasta que la he visto...

Como escuchaba sin enojarse estas resobadas niñerías, cuyo valor depende de su sinceridad, alargué la mano, hasta encontrar la suya, fina, descolorida y fría, de emoción tal vez. El contacto me hizo perder el seso. La vida de Adora se me figuró que

se mezclaba a la mía, del modo más delicioso, como se mezclan dos arroyos, volviéndose uno mismo.

Un desvanecimiento de ventura me obligó a reclinarme en el sillón, cerrando los ojos. Cuando los abrí, encontré fijos en mí los de Adora, aquellos fanales tenebrosos en cuya llama se consumía mi razón. Con arrebató, la atraje, rodeé su cintura, y empecé a murmurarle al oído palabras y frases, unas veces incoherentes, otras admirablemente engarzadas, casi en verso, porque la fuerza del sentir no sé de dónde saca conceptos sublimes, de elocuencia arrebatadora. Al menos, yo creí persuadir, puesto que la hermosa escuchaba, y no se burlaba, ni daba señal de enojo. Había cerrado del todo una noche de enero, que adornaba su frente con la enorme perla gris de una luna espléndida, y como la mecedora estaba cerca de la ventana y no habíamos encendido luz, mi cortedad de verdadero enamorado se derretía al calor de aquella aproximación, entre la semioscuridad, que me envalentonaba. De pronto, ese respeto sagrado que acompaña inevitablemente al grande amor rendido, en el cual siempre hay infinita pureza, paralizaba mi ser, y me hacía caer semiarrodillado, temblón, suspirando de ventura y de cariño.

—¡Adora, Adora! —repetía—. ¡No he tardado ni un segundo en obedecer al conjuro de tu nombre mágico! Te adoré al verte, ¿te acuerdas?, cuando pasabas por la Puerta de la Penitencia, envuelta en tus negros velos... Mi destino eras tú. Te adoraba ya desde antes de haberme encontrado contigo: te lo juro, era un presentimiento... Allá en mis soledades, entregado a ocupaciones sórdidas, a la labor de una polilla que roe un madero, mi corazón, que estaba virgen, te llamaba, gemía por tí. Te quiero, Adora, quiero a cuanto te rodea. A tu niño, que debiera ser mío... Te quiero como un poeta que soy... ¿No lo sabes? Lo que soy, Adora mía, es poeta... ¡Vaya! Te diré versos, los haré para tí... Si los míos son malos, indignos de que los escuches, te los recitaré de Bécquer, te los recitaré de Heine, seré tu trovador... ¡No, esto es muy tonto! No te rías de mí. Pero ten por seguro que soy un poeta; digo, no; un hombre que ha vivido siempre con la esperanza de esta hora sublime. ¡Bah! Los majaderos hablaban de bodas, de una esposa que supiese arreglar mi

casa... ¡Ridiculeces! En la vida sólo importa el amor... El amor ciego, insensato, que nos sorprende dormidos, que se hace dueño de nosotros, y que salta por encima de todo; de la fatalidad, del mal, del bien, de cuanto puede sobrevenir... Adora, óyeme...

Cualquiera que sea la acusación que se alce contra ti, aquí estoy para defenderte... ¡No temas, aquí estoy yo!

Un soplo respondió por fin a mis suspiros entrecortados; la estatua se animaba. Mi nombre, pronunciado en tono de arrullo, salió de la boca fresca y fina, en tono de pasión:

## VI

CUANDO volví en mi acuerdo, me pareció que mi cabeza estaba vacía, barrida. Sin embargo —tal es la implacable ley de naturaleza— ya una centella de razón empezaba a encandilarse. Poco a poco, tomó cuerpo. Adora, sin embargo, se me adelantó. Tenía presente lo que yo había olvidado, y sus primeras señales de cordura fueron recordarme mi compromiso.

—Has dicho que me defenderás...

Pensé en que no debía ella hablar de eso entonces. ¿No fuera mejor esperar a que yo...? Y al mismo tiempo, una piedad, una blandura, casi una complicidad, surgían en mi espíritu, con la suposición de que ahora yo estaba más obligado todavía a defender a la acusada...

—Álzate, Adora mía... y hablemos con calma... si puedo... que no lo sé...

En efecto, el infalible ritornelo resonaba musical en los nervios aún vibrantes. Comprendí que era preciso irnos a la sala, lejos del gabinete sugestivo... Reclinada en mí, Adora me acompañó; encendimos la luz eléctrica, y nos sentamos, ella en el sofá, yo en una butaca, frente al velador.

—Adora, óyeme. No me mires, que me abraso con ese fuego oscuro... Así... Va en ello la tranquilidad de tu vida... Mi amigo, el médico de Rivadona, don Tomás de Aquino, ha venido aquí para rescatar, es lo que él dice, la herencia de sus nietos... Es hombre resuelto, listo, una voluntad de hierro, muchas relaciones... Me encarga de una misión que me repugna y que sólo he aceptado por serte útil. Te propone que rompas el testamento de don Cecilio, y te contentes con lo que la ley señala, dejando lo demás a los naturales herederos.

—¡Ah! —tartamudeó Adora—. ¡Ya lo sabía yo! ¡Me piden la fortuna de mi hijito! ¡De mi Aurelio! Lo que por la ley me toca, es sólo mientras yo viva. Y si he deseado ser rica, poderosa, por mi Aurelio fue. ¡Por él! ¡Mi niño, mi hijito! ¡Lo único que quiero en este mundo!

En medio de mi infatuación sentimental, fue aquello para mí como una ducha, que enfría y despeja. Pude haberlo entendido, al momento en que la vi acariciar, con tan divino abandono, tan prendidamente, a su hijo. Adora era madre, y sólo madre. Lo que yo acababa de obtener, algo tenía de forzado, algo de comedia... Había que cebarme, que atraerme, que echarme cadenas, que apoderarse de mi voluntad. Y el grito de la leona, que ruge de amor por su cachorro, fue para mí como el soplo que el hipnotizador envía a los ojos del hipnotizado a fin de despertarle. No sólo Adora no sentía nada por mí, sino que no lo sentiría nunca. Comprendí el arcano de un alma demasiado colmada ya, empapada y saturada de un sentimiento exclusivo, y en la cual nada cabe...

Ella se encaró conmigo, como pidiéndome cuentas...

—¿Y por qué, vamos a ver, se les antoja que renuncie a lo que ha de ser de mi hijito? ¿Qué me importan a mí los hijos de los demás?

El escozor de la herida me hizo cruel. Hablé con saña.

—¿Por qué? Ahí está la fuerza de don Tomás de Aquino. Dice que aquí hay algo turbio, inexplicable. Que no está conforme con que ningún facultativo viese a don Cecilio en su última enfermedad —la última y la primera, puesto que era hombre robusto y que gozaba de buena salud—. ¿Si no se inutiliza el testamento, sabes lo que pretende? Que el cadáver sea exhumado, reconocido por otros médicos...

Los dos capullos de magnolia de las mejillas se volvieron yeso; los dos ojos volcánicos se extinguieron en la revulsión de sus magníficas pupilas, dejando verlo blanco; el cuerpo de Adora se dobló, y si no me precipito a sostenerla, caería al suelo, porque acababa de perder el sentido.

Corrí a la alcoba, registré, y cogí del tocador un frasco de Colonia, con el cual la froté sienes y pulsos. La acerqué al balcón, a fin de que la orease el aire puro; y ya me disponía a pedir auxilio, cuando empezó a volver en sí. Pero fue sólo para caer en

una especie de convulsión, con movimientos espasmódicos y con gritos que yo ahogué llevándola a cuestras al lecho, cerrando bien las puertas, y dejando caer las cortinas. Sabía que nadie podía acudir, excepto la mulata, y sospechaba que ésta tenía órdenes reservadas de no presentarse; pero empezaba a desear su presencia.

Al cabo, se aplacó la excitación, y Adora, exhalando sordas quejas, quedó extendida en la cama, con los ojos cerrados, agitada, de tiempo en tiempo, por estremecimientos profundos. Yo la consolaba, la decía ternezas sin número, aun cuando me había abandonado aquella fe infinita del amor, cuando más la necesitaba, cuando era preciso que llevase adelante la obra cabaleresca y romántica en que se gozase mi fantasía anhelosa de ideal. La acariciaba, trataba de reanimar en mí aquel fuego fecundo, en que arde la materia para crear el espíritu; quería creer que todavía ninguna desilusión me había rozado, y que aquella mujer, ante la cual me postraba, no era una simuladora, sino que, realmente, había cedido, al caer en mis brazos, a una atracción invencible... Y hasta, aferrándome a lo que quedaba de mi ensueño, pretendía convencerme a mí mismo de que lejos de ser en Adora monstruosa la exaltación de la maternidad, cuanto hubiese hecho por su hijo podía graduarse de heroico y bello. ¿No es el amor maternal lo que más eleva a la mujer? ¿No es su redención? Y así se lo balbuceé, repetidamente, como manera de reconciliar nuestros corazones. Ella, al eco de mis palabras, iba recobrando valor; dejando destellar la esperanza en sus grandes ojos nocturnos, de brasa y terciopelo. Su mirada, fija ya ansiosamente en mí, me imploraba, y su voz repetía, monótonamente, con ahincada súplica:

—Me defenderás, me defenderás...

Cuando la vi algo serena, deseoso de certidumbre, queriendo ahuyentar mis propios terrores:

—Sí —exclamé—, yo te defenderé, Adora, a costa de todo, pero conviene que sepa la verdad. La verdad entera, sin que me calles nada. ¿Conformes?

Ella se cubrió el rostro con las manos. Trepidaba su cuerpo en temblores nerviosos, y al pronto resistía, como resiste el reo al juez que le interroga. Y yo también me estremecí, suponiendo

que iba a escuchar cosas que no soporta el humano oído. Me in-fundía Adora, por momentos, repulsión, pero en una de esas oleadas súbitas que caracterizan los estados pasionales, alzó llamarada la pasión rugiente, que reclamaba sus derechos, y frenético la estreché. Me pareció, en aquel momento crítico, que aquella mujer compendiaba, para mí, el cielo, la tierra y el infierno, y que, hubiese hecho lo que hubiese hecho, unido a ella iría yo siempre, y feliz con salvarla de una lágrima, de una humillación, de un conflicto. Acaso este relámpago no fuese sino resultado del sortilegio, tan reciente, de sus brazos de alabastro tibio... Yo había bebido el filtro, y lo llevaba, quién lo duda, en la sangre, sin que amortiguasen sus efectos las sospechas aún no esclarecidas...

—¡Adora! —suplicaba—. Adora, cuenta, no receles... Pero has de quererme, ¿ves?, más que a tu hijo.

Y arrancándome con esfuerzo del panal en que estrujaba el dulzor de la vida.

—Anda, bájate, ven a sentarte, yo te llevaré... Es ya urgente que sepa... Y es el único modo de que te pueda defender.

Se dejó deslizar de la cama a la alfombra, y la conduje a la meridiana, en la cual permaneció recostada, como aturdida o irresoluta. Comprendí que aún debía porfiar.

—Ea, niña, Adora... Cuenta, como si te confesaras...

—¡Confesarme! —balbució—. Ya quise... ¡y no me atreví!

—Bien sabes que hay perdón para todo.

—Para mí, no —afirmó sombríamente—. A pesar de que, cuanto hice, no lo hice para mí misma. Tú no tienes hijos. No sabes cómo se les quiere, no lo sabes. ¿Me protegerás, sea lo que sea?

—Sea lo que sea, lo prometo —repetí.

—¿Por qué lo prometes?

—Por mi honor.

—¿Y lo prometes también por el alma de tu madre?

Vacilé. No era que pensase, en ningún caso, faltar a la promesa; pero la imagen de mi madre, a quien sólo de niño había conocido, a quien poetizaba, rodeándola de azucenas en mi pensamiento, como a Nuestra Señora, me repugnó, mezclada al drama de pasión, quién sabe, si de crimen...

Al fin, decidido por un sofisma, dije con esfuerzo:

—¡También por el alma de mi madre!

## VII

**Y** todavía seguí creyendo que había adquirido un compromiso fatal. No había remedio; yo tenía que sacar adelante a aquella mujer, contra mi conciencia misma. Me lo afirmaba, me lo juraba... sin que, ni por un momento, las imposibilidades me saltasen a los ojos. ¿No me pedía ella eso, que la salvase? Como en las óperas y en los dramas, tenía que poder salvarla; bastaría para ello la fuerza de mi pasión de aquella pasión dos días antes ni sospechada por mí...

—No sabes —dijo tristemente— lo desgraciada que he sido. —Y dos lágrimas largas, lentas, de cristal, refrescaron las hojas de flor pálida de sus mejillas—. Es preciso que te enteres. Mi padre...

Una reminiscencia de palabras de don Tomás acudió a mi memoria. El categórico «fíjate» del viejo me resonó en el cerebro otra vez.

—¿Qué profesión ejercía tu padre?

—Era farmacéutico... Vendía hierbas y drogas.

Me estremecí. ¿Hay que decirlo todo? La profesión no me gustaba. No era muy estética. Me hubiese agradado que Adora fuese hija natural de algún duque o príncipe, o siquiera general insurrecto. Aquel perfume de sus ropas empezó a figurárseme que era jaquecoso, de herboristería.

—Mi padre —siguió Adora— no sólo no me quería, sino que me odiaba. Me hacía trabajar como si fuese un mancebo pagado. Me acostumbró a manejar las drogas... Les perdí el miedo... Cuando fui mocita, me casó con don Aurelio Corvín, un español jugador y mocero que se encaprichó de mí. Se hartó, y me maltrataba. Yo todo lo sufría, por Aurelín, nuestro hijo. Si aquel

hombre se contenta con atizarme candela a mí, y no toca al chiquito...

—¿Pero llegó a pegarle el infame? —exclamé, en un arranque de hidalga indignación.

—¿A mí? —La voz era tranquila, despreciadora de los dolores pasados—. Cada noche, cuando volvía a casa, y yo, como de corcho... Pero un día —comiendo estábamos—, porque el niño cogió un dulce, le puso negro un ojo, ¡al alma mía! Salté y cogí un cuchillo y le avisé: —Cuidado, ¿eh? ¡Al niño no se le toca! Si no, con esta hoja, ¡la ves?, ¡te corto el corazón! Y lo tomó a guasa. Me repetía que el niño era tan suyo como mío, y que lo menos a medio niño lo podía estropear: pero no volvió a desmandarse, hasta pasados unos meses, que el niño tomó el reloj de su padre y lo dejó caer al suelo. Entonces, como loco, le agarró, le pateó, le molió las costillas... Yo no estaba presente, pero al volver y ver a la criatura y ver su sangre, me entró una cosa que no la sé explicar. Una cosa fría ¿eh? Una determinación...

Tomó aliento y me cogió la mano.

—¿Qué harías tú, si Lilín fuese tu hijo?

No contesté, y ella siguió, jadeante, con tártagos:

—De esta vez no agarré el cuchillo. Si le acuchillaba, cárcel para mí, y Lilín abandonado. No, eso no. Los oprimidos tienen que ser astutos. Me hice la disimulada, y fui... administrando justicia, pero a poquitos, ¿eh? *a poquitos*... Justicia era, porque no había de consentir que a mi niño me lo matasen. ¡Antes mato yo al mundo entero!

Se detuvo. Había palabras que sus labios no querían proferir. Lo concreto de la espantosa confesión se quedaba entre las securas de la boca y las congojas del espíritu.

En el mío, el caos. De una sospecha que me enfureció al expresarla don Tomás de Aquino, había pasado a una certidumbre mucho más horrenda. Buscando la huella quizás borrada de un crimen, salía de la sombra del ayer, otro, como un espectro. ¿Y quién sabe? Quizás, en el ya antiguo pasado, en la botica del padre, los dedos delicados habían despachado la poción mortífera...

—Dosis pequeñas —recalcó ella al fin—. Yo aumentando... Él decayendo... Y se volvió buenazo, ¿creerás? Me decía: «Lo que

siento es que os dejo muy pobres... Vais a pedir limosna por las calles, si ese verrugo de don Cecilio Pardiñas no os perdona algo de mis créditos... ¿Y qué ha de perdonar? Es un usurero maldito...» Pocos días antes de... del último, me dictó una carta en que pedía a don Cecilio que no me echase, con mi hijito de la mano, a la miseria...

—¿Y entonces —murmuré ahogándome— no tuviste compasión? Él era bueno ya...

—Si llega a sanar —profirió salvajemente— peor que antes sería. Interrumpí unos días, para ver, y así que se fortaleció un poco, nos tiró, a la cara, a Lilín y a mí, una taza de caldo hirviendo. No, ves tú, ¡la víbora siempre morderá!

Al hablar así, me había cogido una mano. La retiré, sin darme cuenta, instintivamente.

—Vamos, entiendo —articuló, con tristeza—. Te has asustado. Tanto como prometiste...

—Sigue —murmuré, dominándome—. Vengamos a lo de ahora.

—¿Lo presente? ¡Pues si eso lo sabes; si te lo han contado! Así que Aurelio... acabó... vi que era cierto, que no teníamos nada; que hasta faltaba para pan. A mi padre no podía acudir: lo envolvieron en denuncias, de si dio tal o cuál pócima... y se volvió a España, con mis hermanos menores; ni sabía en qué punto de la Península paraba. Y aunque lo supiese, de mi padre, ¿qué iba a esperar? En efecto, nuestro principal acreedor era el don Cecilio. Yo no le conocía, más que de nombre. Me dijeron que apaleaba los centenes, y que tenía el corazón más duro que un coco. Bueno, hasta las piedras se ablandan. Fui a verle, con la carta de Aurelio. Me recibió. Le hice mil carantoñas... ¡Se las hice!

Un hielo me iba envolviendo el alma. Como la corriente del Guadiana, que se sume de pronto bajo tierra, parecía que mi amor se había sumido, entre arena, y en su lugar quedaba un vacío. Todo el romanticismo paraba en eso: una mujer joven y hermosa, representando con un viejo una escena de seducción...

—¡Desventurada! —dije entre dientes.

—¡Me costó! Sólo por Lilín hiciera yo tal cosa. Por Lilín, arrancar clavos timoneros con los dientes, ¡ves tú! ¡Un viejo patón, avaro, con un pellejo como una raspa!

La idea de aquella piel senil, rasposa, contrastando con la fina piel descolorida de gran flor tropical, fragante, me causó una náusea, no moral, sino física, y tuve que levantarme un minuto para disimularla.

—Puede —añadió ella, que sentía sin duda ese afán de desahogar la conciencia que es una de las fases del sentimiento en el criminal— que no se le hubiese llegado nunca una mujer, con palabritas dulces, a don Cecilio... Me empezó a tomar querencia. Volví, y lo encontré pegajoso, manso. Que si no pensaba arruinarme; que si suspendía toda reclamación; que viviese tranquila. A la otra vez, proposiciones: que entrase en su casa, de ama de gobierno; que estaba solito, y le robaban, y no tenía cosa a gusto. ¡Bah! Ya sabía yo cuál gobierno... Acepté. Luego empezó el trabajo: yo quería un testamento a favor de Lilín. Él decía: «No, hija, no puede ser. Tengo parientes allá en mi tierra, y no los he de dejar en la calle...» Entonces... No me proponía nada malo, te juro, sino quebrantarle un poco, debilitar aquella naturaleza tan fuerte... Me acordé de Aurelio, tan dócil cuando estaba flojonazo... Dosis más chicas aún... Él andaba abatido. «Son los achaques que empiezan... —decía—. A mi edad, meterse en caldero de melaza...» Temí que me echase, por defender la salud. Apreté... No quiso que le viese médico —ipalabra, palabra!— Les tenía rabia... Y se le puso entre las cejas que sólo en su tierra podía curarse. Le animé: estaba segura de conseguir, en el viaje, mi deseo: que se casase conmigo, que dejase la fortuna a la criatura. A bordo... ¿creerás que se resistió, hasta que desembarcamos? Pero, al fin...

—Adora —exclamé súbitamente—, ¿tú no crees en Dios?

—Sí creo... Pero no tengo miedo a su castigo. No me importa nada de cuanto pueda sucederme. Mi niño es antes que todo. Para eso nació de mí.

La monstruosa respuesta me dejó atónito. Y, sin embargo, yo debiera saber que la pasión arguye de esa manera. Un instante se confundió en mi espíritu la noción del bien y del mal. Hasta sentí un impulso de admiración ante el radicalismo de aquel amor de madre.

—Es otro veneno —pensé—, otro veneno que me está administrando. Mi conciencia se disuelve en esta bebida, en

este filtro... ¿La quiero, o la odio, o estoy bajo una fascinación?

Ella proseguía, cínicamente:

—Se resistía, se resistía a todo. Siempre hablaba de su familia. Al cabo, logré lo del casamiento. Lo otro, no era posible meterse en la cabeza... ¡Qué terco! Su familia, y su familia... Tuve que... debilitarle más... Por último, escribió... lo que viste... Casi no tenía pulso...

Una exclamación de repugnancia brotó de mis labios.

—¿Tú también? —interrogó ella— ¿Te confieso la verdad, y me maldices?

—Adora, no puedo más. Todo lo que has hecho me parece que lo hizo otra persona, y no la que tanto quise... no la que...

—¡Acuérdate de que prometiste salvarme!

Vacilé un momento, antes de responder. En realidad, ahí estaba el problema. Prometer, prometer... Era lo mismo que si hubiese prometido tocar con la mano la luna. ¿De qué manera iba yo a paralizar la acción de don Tomás Vivares? Sólo llevándole el fatal testamento, para que lo hiciese mariposas. Y eso era lo que no consentía ella, obstinada en defender los millores de que no había de disfrutar, que habían de ser todos, íntegros, para aquel hijo idolatrado por encima de cuanto existe. Y me di cuenta de lo absurdo de mi promesa... ¿Salvarla? ¿Cómo? El que adquirió el compromiso, no era yo, era el poeta resucitado por la magia y el engaño de unos toques de campana, en una plaza desierta, por una reja dramática, por unos ojos negros, por un perfume, por el misterio eterno de la mujer... Me costaba mucho volver a matar a ese poeta, y, sin embargo...

—Adora —pronuncié trabajosamente—, mira, cuando te dije... yo... La verdad: te creí inocente, perseguida de un modo injusto. Y entonces, a costa de mi existencia... Sobre todo, entonces hubiese tenido armas con que luchar por ti. Después de lo que sé... ¡ah!, es otra cosa... No veo arbitrio alguno; como que no lo hay. Renuncia al testamento, confórmate a lo que la ley te otorga, y entonces, puedes vivir segura, libre, donde te plazca... mejor lejos de aquí, en país extranjero, los primeros años... De otra suerte...

Me miró con desprecio. También ella veía morir en mí al poeta, a aquel ser soñado, y aparecer al hombre práctico, que conoce la realidad.

—¡Renunciar! —Salían de su boca las palabras como estúpidas— ¿Renunciar yo? ¿Y después de lo que hice? No me gustan las cosas a medias. O Lilín será rico, opulento, o...

La reticencia, en boca de aquella mujer, era espantable.

—¿Pero no comprendes —supliqué—, que yo, por mucho que quiera, no puedo... no sé... recurso alguno...?

Sus pupilas magnéticas se fijaron en mí. Se me acercó, deseosa de subyugarme otra vez. Bajito, a mi oído, susurró:

—El único enemigo que *tenemos*, Mauro, es ese don Tomás de Aquino... ¿Eh?

—El único —repetí, inconscientemente.

—Pues si es el único... y tú me has dado palabra de salvarme... ¡por tu madre! ¡Te acuerdas! Bien sencillo... Tengo ahí... un frasco... Cosa muy pronta... Y engaña... Es como un ataque, vamos, al cerebro...

Salté. No sé qué injurias disparó mi lengua. Debieron de ser horribles. Ella, anonadada, se tapaba el rostro con las manos. Yo seguía, apostrofándola, maldiciéndola, en la sublevación de todo mi ser, de mi honradez burguesa, íntegra en medio de las incertezas y penumbras de la moral contemporánea... Y entonces sí que pude, estar seguro de que el poeta había muerto...! Sentí su resuello de agonía; le vi caer, expirar...

## VIII

**Y** tanto había muerto el poeta, que le di sepultura. Salí huyendo de casa de Adora; me avisté con don Tomás de Aquino, para reclamar el derecho de ser neutral en aquel espantoso asunto, de regresar a Rivadona sin pérdida de tiempo; me enfrasqué de nuevo en mis papelotes, con mi vida solitaria, y al año me casé, lo más en prosa, lo más vulgar y sencillamente que pude. Sabía, por referencias, que la mujer enlutada había regresado a su país, después de hacer maripositas con el testamento. ¡Qué remedio! Ella también, la fiera brava con manto de Dolorosa, tuvo que matar a su poeta, porque también lo llevaba dentro, en forma de desatada pasión maternal, capaz de todas las abnegaciones y de todas las transgresiones...

A pesar de estar seguro de que, de mi poeta, no quedan en mí sino cenizas, tengo horas de tristeza, de esa tristeza agobiadora en que nos despreciamos a nosotros mismos. El recuerdo de la terrible aventura vuelve en mí, como un insufrible sabor amargo a la boca. Me veo insensato, fanfarrón, perjuró, prometiendo, por las cosas más sagradas, salvar a una mujer y no cumpliéndolo, y abandonándola. Me veo —peor aún— a dos dedos de una complicidad monstruosa... Y el crimen que no cometí me oprime, y la felonía que sí cometí me abochorna y escalda la faz, y no sé si soy bueno, o infame, delincuente o mísero... Y entonces en esas horas de dolor, deseo que el poeta resucite, para torcerle el pescuezo otra vez.